

pues, señora, completamente á sus órdenes.

Luisa irguió más su hermosa cabeza y señaló á Matusalem una butaca inmediata á la que ella ocupaba, en la cual se sentó éste con ceremonioso respeto. Entónces la Marquesa se dignó mirarle un momento, despues del cual le dijo:

—Sé que voy á llamar á las puertas de un corazon desposeido de todo sentimiento; sé que me dirijo á una alma fria, que se niega el placer, el placer inmenso de las bellas acciones; pero ¡quién sabe! Dios, que ha puesto el fuego en las duras entrañas de la piedra, y el agua en el seno de las nubes..... tal vez no ha consentido, por un acto de su divina misericordia, que se extinga por completo en ese corazon tenebroso el gérmen de los buenos pensamientos.

Detúvose aquí como si dudára de lo último que acababa de decir, y aprovechando Matusalem esta circunstancia, se apresuró á contestar de esta manera:

—Ciertamente, no es el exordio con que ha comenzado V. su discurso una alabanza que deba ofender mi modestia, ni tampoco

me parece muy á propósito para avivar en mí el deseo de complacerla; pero ántes lo he dicho: vengo resuelto á serle útil y le agradezco la ocasion que me ofrece de poder servirla. Veamos, pues, señora, de qué se trata.

—Se trata, dijo la Marquesa, de evitar una catástrofe.

—¡Una catástrofe! exclamó Matusalem lleno de asombro.

—Parece imposible que no tenga V. prevista tan natural y tan terrible contingencia. Deje V. el disimulo para otra ocasion más oportuna, y haga V. más justicia á su talento.

—Bien, señora; no negaré que empiezo á ver algo..... algo que, en efecto, podia ser muy desagradable.

—¡Desagradable!..... dijo Luisa con impaciencia. Diga V. más bien que sería horrible.....

—Bueno, horrible..... no hemos de reñir por una palabra.

—En tal caso, siguió diciendo ella, hay que impedirlo á toda costa.

—A toda costa..... repitió Matusalem con cierta lentitud, como si calculara la gravedad de la palabra.

—Sí, añadió la Marquesa; á toda costa.

—Perfectamente, señora; ese deseo es muy natural y hace honor á su buen corazon, y veo que, aunque se anticipa V. un poco á los sucesos, no se debe perder tiempo ninguno. Ahora bien, ¿qué hacemos? Usted tendrá su plan; póngame V. al corriente, y verémos.

—Mi plan era persuadir á mi hermano y apartarlo de esa mujer funesta, á quien no ama ni estima.

—¿Y bien?.....

—Mi hermano insiste..... ha hecho ese asunto cuestion de amor propio; está irritada su vanidad y no cede.

—Lo comprendo..... pero ¿está V. segura de que su resolucion es irrevocable?

—¡Oh! demasiado segura.

—Él, por supuesto, ignora.....

—Sí; lo ignora todo..... porque sería mil veces peor que lo supiera.

—¿Y qué hacemos en este caso?

—Hay un medio, dijo la Marquesa.

—¿Cuál?..... preguntó Matusalem.

—Persuadir al otro.

—¿Y quién hace eso?

—Usted.

—¡Yo!

—Sí.

—¡Señora!

—Usted, autor de esta sorda y horrorosa intriga.

Bajó Matusalem los ojos con aire modesto, al mismo tiempo que decía:

—No rechazo la parte que me pueda tocar en este asunto; pero, señora, sería una injusticia despojarla á V. de la que le corresponde.

La Marquesa á su vez bajó la cabeza bajo el peso de esas palabras; mas alzándola de pronto, exclamó con noble dignidad:

—No tengo excusa, caballero, no tengo excusa; y mi falta sería imperdonable si Dios, que todo lo ve, no viera en mi corazon todo lo que he amado y todo lo que padezco.

—Eso no quita, señora, que convengamos en un punto, que no deja de ser importante.

Se trata de un asunto que no presenta muy buen aspecto, en el cual hemos sido cómplices.

—¡Cómplices!..... gritó la Marquesa con desolado acento.

—No sé, añadió Matusalem, si he aplicado la palabra con toda propiedad..... mi fuerte no es la literatura, y me someto humilde y voluntariamente al fallo de V..... de usted, señora, á quien se cree autora de un precioso poema, que todavía permanece inédito.

—Paso por todo, dijo la Marquesa con heroica mansedumbre; hemos sido cómplices..... Dios sabe cómo..... pero, en fin, lo hemos sido..... tambien he contribuido yo al desastre que amenaza; mas por lo mismo debemos evitar la desgracia que presentamos.

—Yo lo deseo, Marquesa, yo lo deseo..... hablo con toda sinceridad.

En efecto, parecia que hablaba sinceramente.

—¿Qué quiere Mercedes?..... preguntó ella.

—No lo sé, contestó Matusalem; y acaso ella misma no lo sabe..... pero es temible.

—¿Y él..... qué quiere?

—Es natural; busca en la criolla el desquite de Magdalena.

—Hay que apartarle de semejante camino, dijo la Marquesa con aire decidido.

—Es difícil.

—Difícil quiere decir que es posible.

—¡Oh!..... exclamó Matusalem; posible..... pero ¿cómo?

—Usted lo sabe.

—Sí; convengo en que debe intentarse y acaso pueda conseguirse..... porque.... en fin, voy viendo que el choque entre ambos se viene encima, y francamente, se pelea con mucho encarnizamiento por seis millones de renta.

—Me parece muy fácil, añadió la Marquesa, convencerle de que hace un papel odioso, prestándose, por un rencor indigno de corazones nobles, á ser instrumento de una mujer terriblemente vanidosa, que acaso no sabe lo que se hace. Él tiene instintos nobles; comprenderá al fin que es más bello

el perdon de las ofensas que la venganza de los ultrajes..... Y si se resiste, ¡oh!..... si se resiste, lo digo con toda mi alma, estoy dispuesta á todo.

—¿A todo? repitió Matusalem.

—A todo, volvió á decir la Marquesa. No hay sacrificio que no me imponga por impedir la catástrofe.

—Me anima esa enérgica resolución, porque, sea de un modo ó de otro, cuando una mujer desea vivamente una cosa, al fin y al cabo la consigue.

—Soy capaz, exclamó la Marquesa, de buscarlo, de arrojarme á sus piés, de pedirle perdon; perdon de haberle amado. No, no, añadió corrigiéndose; perdon de haberle ofendido. Yo le diré..... «Soy la única culpable..... todo es obra mia..... tuve celos y una venda cubrió mis ojos.» ¿Qué más he de decirle?

—Esto es muy dramático y seguramente sería muy aplaudido en cualquier teatro, más fuera de la escena, en la vida real, en la vida positiva, sería un poco aventurado prometerse un éxito seguro. Marquesa, tiene V.

el defecto de ver las cosas de un modo sin duda alguna bello, pero poco práctico. Ese recurso le impondría á V. una humillacion inútil. Lanuza es un pobre muchacho, que tiene poco mundo, pero que se ha empeñado en creer que tiene mucho, y nos exponiamos á que tomara la sinceridad de ese arrepentimiento por un nuevo lazo. No pierda V. de vista que hay por medio una heredera de trescientos mil duros de renta, y comprenderá que tan pingüe fortuna es más que suficiente para explicar los más heroicos sacrificios.

Lanzó la Marquesa un profundo suspiro, y aquel hombre impasible continuó diciendo:

—En todo caso, tan arriesgado recurso no debe ponerse en planta hasta despues de tanteado el terreno. Antes de sembrar se debe preparar la tierra, y acaso no haya necesidad de apelar á tan costoso sacrificio, y áun pudiera suceder que..... vamos, es posible que él mismo fuera el que pensando las cosas más despacio, viniera á pedir perdon de su ligereza á la Marquesa justamente ofendida.

—¡Oh! exclamó ésta sin poder contenerse. Eso sería demasiado.

—No lo aseguro, advirtió Matusalem; pero, en fin, si V. se empeñara en ello, me empeñaría yo también, y V. sabe que cuando yo me empeño no es en vano.

—Yo lo olvido todo, dijo ella, queriendo tender el manto de la generosidad sobre su implacable enemigo, y me contento con que se conjure la tempestad que amenaza. Hay que salvarlos..... y V. quiere que se salven. ¿No es verdad que sería horrible?..... A usted lo despedazarían los remordimientos y á mí, me mataría la pena..... Y levantándose añadió: Corra V..... corra V.; una buena acción hace olvidar en las almas generosas todas las malas acciones.

Matusalem permaneció sentado y pensativo, dando vueltas al sombrero que tenía en la mano. Al fin se puso de pié diciendo:

—No es tan urgente el caso; las cosas no van tan deprisa como la imaginación, y el asunto no es para tratarlo de ligero. Me interesa vivamente la situación en que V. se encuentra; pero, amiga mía, la tarea es ardua.

—¡Ah! exclamó la Marquesa. ¡Cuánto trabajo le cuesta á V. hacer una obra buena! ¿Quiere V. que se lo suplique..... que se lo ruegue con las lágrimas en los ojos? ¿qué quiere V. de mí?.....

—Nada de eso, señora..... Creo que puedo evitar el choque que V. teme, y en su mano de V. está que me decida á evitarlo.

—¿Cómo? exclamó la Marquesa con un candor que llenó de asombro á Matusalem.

—¡Cómo! repitió éste. ¿Acaso he desistido yo de mis legítimas pretensiones á la mano de la noble Marquesa?

—¿Todavía insiste V. en semejante destino?

—Todavía, contestó él friamente.

—Pero ¿qué felicidad, gritó la Marquesa fuera de sí, puede V. prometerse uniéndose á una mujer que no lo estima, á una mujer que lo conoce; es decir, que lo aborrece?

—Eso es de mi cuenta, señora.

—Pues bien..... dijo con verdadera angustia. Conquiste V. mi estimación; hágase usted digno de mí..... de mi aprecio..... oblí-

gueme V. por la gratitud..... No puedo hacer más, Dios mio; no puedo hacer más.

—Señora, no nos entendemos..... la estimacion, el aprecio y la gratitud valen mucho, y desearia obtenerlos de V.; mas lo que yo quiero es su mano.

—Nunca, gritó la Marquesa. Prefiero la desgracia á la infamia.

Y alzando el brazo, señaló con ademán desesperado la puerta al que poco ántes habia hecho venir, tal vez llena de esperanza.

Matusalem se inclinó respetuosamente y salió de la estancia diciéndose á sí mismo:

—Áun se resiste, pero vamos ganando terreno.

—Apénas se vió sola, la Marquesa se oprimió la frente con ambas manos y casi sollozando decia:

—¿Qué me queda qué hacer?..... No lo sé..... no lo adivino; pero algo es preciso que haga..... No, no. Javier no cede..... ni ese infame tampoco; ni el uno ni el otro.

Tal vez la Marquesa se dejaba llevar demasiado de su triste presentimiento; no le faltaba razon para temer un choque entre su

hermano y Lanuza; mas no era el peligro tan inminente ni el caso tan desesperado. Desde que vió á Miguel en el palco de la criolla y observó lo que en él pasaba, le acometió el temor con tal violencia, que se hizo dueño de su ánimo, sin que pudiera desecharlo. Mas despues de las dos inútiles entrevistas que hemos presenciado, debió reflexionar que las cosas podian muy bien no llegar al extremo en que su imaginacion las colocaba.

Ello es que cuando parecia que el horizonte se le cerraba por todas partes con la temeraria resistencia de su hermano y la odiosa insistencia de Matusalem, comenzó á sosegar su ánimo y á serenarse su rostro, inquieta, no obstante, porque temia haber procedido con demasiada ligereza.

Dos recursos le quedaban todavía que poner en juego, y ambos le causaban tal repugnancia, que no se atrevia á pensar en ellos más que en el último extremo.

Uno era la humillacion de su altivez y de su amor; el otro era la ignominia, la última ignominia.

Ver á Miguel, atraerlo á una cita, proponerle una entrevista, suplicarle que abandonára la empresa de pretender á la criolla, era exponerse á crueles sospechas; y entregar su mano al hombre infame, autor de tan feroz intriga, era horrible; pero no encontraba otro recurso.

Resolvió, pues, esperar, y espiando atentamente los acontecimientos, abrigó la esperanza de dominarlos, porque las almas fuertes lo último que pierden es la esperanza.

CAPÍTULO V.

Donde parece que va á romperse de nuevo la tela de la araña.

Vivía Miguel como un príncipe; más bien, como cualquiera héroe de cualquiera revolucion triunfante. Especie de aristocracia moderna, que ha venido á sustituir á la antigua. Ilustres aventureros que pasan de la noche á la mañana de hediondos descamisados á ricos propietarios, á opulentos capitalistas; que suben como las burbujas del agua cenagosa de un estanque, removido desde el fondo subterráneo de los tenebrosos conciliábulos á la superficie de la sociedad, ó lo que es lo mismo, de la conspiracion al gobierno, de la infamia á la gloria, del garito al palacio.

Los héroes que levantan sobre sus hombros desnudos las chusmas amotinadas, siem-